

POESÍA Y NATURALEZA EN LA ANTIGUA ROMA

*Bartolomé Segura Ramos**

Universidad de Sevilla

En este artículo se analiza la cuestión de la poesía y la naturaleza en la antigua Roma.

Palabras clave: Poesía. Naturaleza. Antigua Roma.

In this paper we analyse the subject of poetry and nature in ancient Rome

Key words: Poetry. Nature. Ancient Rome.

¿Dónde se origina la poesía, en la naturaleza o en la ciudad? ¿Cómo era la poesía de los griegos? ¿Cómo la poesía imitativa de los latinos? ¿Es la poesía épica poesía del campo o de la urbe?

Sin duda alguna, la poesía es básicamente un producto de la ciudad y para la ciudad, si bien en muchos casos hay un trasfondo geográfico que conduce al campo.

Ahora bien, la geografía es el sustento de la mitología, y ésta es la sustancia de gran parte de la poesía antigua. Por consiguiente, la mitología ha llevado a la geografía, y ésta, inevitablemente, es el bosque, el río, el campo y la selva. De donde se deduce que en la medida que la poesía sea mitología, en esa misma medida será geografía y por tanto campo y naturaleza. Este es el caso, por ejemplo, de las *Metamorfosis* de Ovidio, en las cuales nos hallamos bastante más tiempo en medio de la naturaleza que de la ciudad.

En cambio, los poemas de Catulo, las elegías de Propertio y Tibulo, son poesía urbana fundamental si no exclusivamente, mientras que Virgilio es en parte rústico (*Églogas* y *Geórgicas*) y en parte, urbano (*Eneida*).

Cabe también plantearse la siguiente pregunta: ¿inspiraba la naturaleza a los poetas en la Antigüedad? ¿Los inspiraba directamente?

* Dirección para correspondencia: Prof. Bartolomé Segura Ramos, Dpto. de Filología Griega y Latina, Universidad de Sevilla, Palos de la Frontera, s/n. 41004-Sevilla.

En Roma, pueblo agrícola por excelencia, el contacto con el campo es inevitable; en él, en el campo, habitan múltiples deidades: de los árboles, del agua (ríos y fuentes; del mar), de las cuevas. Pero también, la necesidad del cultivo llevaba a los romanos a observar el campo y sus productos. De esta manera es como con el poeta Lucrecio asistimos, por así decirlo, al principio de la creación (V 783): *principio genus herbarum uiridemque nitorem*; (V 785): *florida fulserunt uiridanti prata colore* (“refulgieron los prados floridos con verdeante color”). Y poco más adelante (V 1361-2): *arboribus quoniam bacae glandesque caducae/tempestiua dabant pullorum examina subter* (“puesto que las bayas y bellotas caídas daban/debajo del árbol enjambres a su tiempo de vástagos”). También (V 1372-5): *prata, lacus, riuos, segetes uinetaque laeta/collibus et campis ut haberent atque olearum/caerula distinguens inter plaga currere posset/per tumulos et conualles camposque profusa*.

Virgilio, por su parte, imprime al campo de Lucrecio la religiosidad que en éste falta: *G.I 338 in primis uenerare deos*; y durante una docena de versos describe el culto de Ceres, a la que nombra cuatro veces (I 338-350). “Tres veces vaya la víctima feliz en torno de la nueva cosecha/acompañada por el coro entero” (ibíd. 345-6). Antes de segar hay que danzar en honor de Ceres y entonar cánticos. De la misma manera, en *G. II 393-4* leemos: *Baccho dicemus honorem/ carminibus patriis*. Para Virgilio, los bosques son sagrados (*G.II 21 nemora sacra*).

Por su parte, Séneca en la exposición que hace del carácter religioso de bosques y selvas viene a parar, tal vez sin pretenderlo, en una explicación o exégesis de lo que Virgilio parece querer insinuar (*Ad Luc. 41, 3*). En este pasaje habla del *numen* que habita en el *lucus* y en el *specus*; de la *religio* que acompaña a semejantes lugares. Así afirma (ibíd.): *magnorum fluminum capita ueneramur, coluntur fontes*. En su *Fedra* el tragediógrafo romano recorre la orografía ática (1-84). Afirma *si quem tangit gloria siluae* (ibíd. 27). Diana, modelo del célibe Hipólito, es la *diua uirago* (en las *Metamorfosis* de Ovidio (III 150) se habla de la “selva virgen”, justo en el pasaje referido a Diana cuando es sorprendida bañándose en la fuente por el infortunado Acteón). Por su parte Fedra, hija de Pasífae, la reina cretense enamorada del toro, afirma en la susodicha tragedia de Séneca (114): *peccare noster nouit in siluis amor*.

En las *Metamorfosis* de Ovidio hallamos cómo se imbrican naturaleza humana y naturaleza vegetal, cómo el alma de los hombres se hace árbol, cómo se funde en una vida única y animada el mortal y la hierba, la planta. Sea, p. ej., el caso de las hermanas de Faetonte, que lloran a éste cuando por su atrevimiento y osadía el joven pierde la vida en su carro de fuego: “De entre ellas Faetusa, la mayor de las hermanas,/ en el momento en que se disponía a prosternarse en tierra, se quejó/ de que sus pies estaban rígidos; y al intentar acercarse a ella/la blanca Lampetie se vio retenida por una raíz repentina;/ la tercera, cuando se proponía destrozarse la cabellera con las manos,/ arrancó hojas; una se lamenta de que sus piernas están encajadas/en un tronco, otra de que sus brazos

se han transformado en largas ramas./ Y mientras se asombran de todo esto, una corteza rodea sus ingles/ y gradualmente va envolviéndoles el vientre, el pecho, los hombros y las manos;/ sólo subsistirían aún las bocas, que llamaban a su madre” (*Met.* II 346-355; Elvira).

De igual manera, el joven Cipariso, que mata al ciervo con el que juega, toma la resolución de morir voluntariamente (*Met.* X 132). “Y cuando ya toda la sangre se le había derramado en sus interminables llantos,/ sus miembros empezaron a cambiarse en un color verde,/ y los cabellos que poco antes le colgaban de la nivea frente/a convertirse en una erizada maraña, y después de adquirida/una complexión rígida, a contemplar con una delgada copa el estrellado cielo” (ibíd. 136-140; Elvira). Mientras Apolo juega con Jacinto, el disco que arrojaban golpea al muchacho, provocándole la muerte (“como cuando uno rompe en un jardín regado violetas/y amapolas y lirios adheridos a sus lenguas amarillentas,/ las plantas, marchitándose, agachan de pronto su pesada cabeza”: *Met.* X 190-2). “He aquí que la sangre que, derramada por tierra, había marcado la hierba,/ deja de ser sangre, y, más resplandeciente que la púrpura de Tiro,/ surge una flor que adopta la forma de los lirios, si no/ fuera porque aquéllas tienen color rojo y éstas blanco” (ibíd., 210-3; Elvira). De la misma manera, Dafne, herida por la flecha de Cupido que desdeña el amor, rehúye a Apolo, a quien Cupido ha herido con la flecha del amor. El dios persigue a la ninfa, que se ha consagrado a Diana (como Hipólito, según vimos más arriba), hasta que le da alcance. Entonces, ella ruega a su padre que destruya su figura, y acto seguido se inicia la transformación: sus suaves formas son envueltas por la corteza, sus cabellos se convierten en hojas, sus brazos, en ramas, y una arbórea copa es ya su cabeza (*Met.* I 549 ss.). Por último, agreguemos cómo al conjuro de Orfeo acuden a su presencia, cual seres animados, los árboles: la encina, los chopos, la carrasca, los tilos, el haya, el laurel, los avellanos, el fresno, el abeto, el plátano, el arce, los sauces, el loto, el boj, los tamarices, el sauquillo, las hiedras, las vides, los olmos, los quejigos, los pinos, el madroño, las palmeras (*Met.* X 90 ss.).

En las Églogas de Virgilio los árboles y las flores contribuyen a enmarcar la narración en medio de la belleza y el esplendor; en las Geórgicas, por su parte, sirven a la reproducción y la vida. Así, Coridón reafirma su voluntad de habitar las selvas y repudiar la vida de ciudad: *Pallas quas condidit arces/ ipsa colat: nobis placeant ante omnia silvae* (É. II 61-2), esto es, “que Palas habite por sí/ los alcázares que fundó: a nosotros han de gustarnos ante todo las selvas” ; en la VI 2 leemos: *neque erubuit silvas habitare Talea*; en la VIII 58 se dice: *uiuute silvae*; en la IV 2: *non omis arbusta iuuant humilesque myricae*.

Podría decirse que las églogas están hechas de árboles y flores: vid (28), olmo (11), olivo (11), bellota (6), espiga (5), uva (5), acebuche (3), ciprés (3), arrayán (5), azafrán, pino, palmeras, trigo (5), guisante (2), lino (2), avena (3), amapola, endivia, aliso, madroño, cardo, lampazo, trébol, encina (6), tilo (2), haya (2), roble, nuez, cornejo, cedro, codeso, hiedra, casia, cebada, haba, mijo, manzana (6), laurel (4), hiniesta (2), chopo, sauce (5), castaño (2), cerezo, peral (3),

ciruelo, avellano (2), fresno (2), abeto, platanera, tejo (3). El poeta aplica a veces adjetivos imprevistos a una flor, a la primavera y a la sombra (respectivamente, *rubens hyacinthus*, *uer purpureum*, *umbra uiridi*). Y las ninfas traen flores a canastillos llenos para Alexis (*É.* II 45-50): lirios, violetas, amapolas, narciso, eneldo, jara, jacintos, hiniesta. De algunas de estas flores se acordará Virgilio a propósito de la ensoñación de Anquises en el libro VI de la Eneida (verso 883): "Echad lirios a manos llenas; voy a salpicarle (a Marcelo, hijo adoptivo de Augusto) de flores rojas".

Pero es que además estas flores vuelven a ofrecérsenos generosamente en las Metamorfosis ovidianas con ocasión del rapto de Prosérpina (V 385-408), así como ulteriormente en los Fastos del mismo autor (IV 427-442).

Virgilio elenca las clases de vides en sus Geórgicas (II 90-102): metimneas, de Lesbos, tacias, de Mareótide, psithia, lageos, rética, falena, aminea, argitis, rodia. De ellas hay tantas clases "como las arenas de África o las olas del mar jonio" (ibíd., 105-8). El poeta escribe su poesía de la naturaleza como si de una iniciación religiosa se tratase: *tibi res antiquae laudis et artem/ ingredior sanctos ausus recludere fontis/Ascraeumque cano Romana per oppida carmen* ("por ti (por Italia) entro en asuntos y arte de antiguos/loores, osando desvelar las fuentes sagradas,/ y canto por las ciudades de Roma el poema de Hesíodo" (*G.* II 174-6). Y más adelante, cuando considera que ya ha mostrado suficientemente las virtudes del campo, exclama: "Oh agricultores, afortunados en exceso, si conocieran sus propios/bienes" (ibíd., 459-460). Tales bienes se enumeran acto seguido: los campesinos están lejos de las discordias civiles, gozan de tranquilidad y de vida verdadera; disfrutan de cuevas, lagos naturales, valles y mugidos de las reses; duermen bajo un árbol. Por esta razón, el poeta pide para sí el conocimiento de la ciencia y, en su defecto, el conocimiento de la mitología (pues efectivamente esta contraposición se manifiesta nítidamente en los versos con los que el poeta invade en nombre propio la narrativa y hace esta declaración de principios, que atañe tanto a su propia poética como a sus metas intelectuales: "En cuanto a mí, lo primero, que las musas, dulces sobre todo,/y cuya devoción norto, herido por su vasto amor,/ me reciban, mostrándome los caminos del cielo las estrellas" (II 475-7). Ahora bien, si esto no es posible, "gústenme los caminos y los ríos que corren por los valles,/ ame yo sin gloria las corrientes y las selvas" (ibíd., 485-6). A continuación, el poeta retorna a su primer deseo: "Feliz el que pudo conocer las causas de los fenómenos/ y aherrojó a sus pies todos los temores y el destino/inexorable y el estrépito del Aqueronte avaro" (ibíd., 490-2), revelándonos de paso, en esta nueva entrega, la razón de su afán de conocimiento: el poeta busca esa sabiduría con una finalidad semejante a la de Lucrecio, a saber, la de eliminar el miedo a la muerte. Para regresar otra vez al sucedáneo de la sabiduría, que no es otro que la mitología: "Dichoso también el que conoce los dioses del campo,/ y a Pan, y al viejo Silvano, y a las ninfas, sus hermanas". Y de nuevo reitera que la felicidad sólo se halla en la tierra y el campo (500 ss.).

Pero es que al dios Pan ya lo había enaltecido el poeta en la égloga II (31 ss.): “Conmigo a una imitarás a Pan en las selvas cantando/ (Pan fue el primero que enseñó a pegar varias cañas/ con cera; Pan cuida a las ovejas y a los mayores de las ovejas)”, la égloga del amor torrencial y sensual de Coridón por Alexis: *rusticus es, Corydon, nec munera curat Alexis, nec, si muneribus certes, concedat Iollas* (56-7). Ya antes le había avisado a su amor: “Oh hermoso muchacho, no te fíes demasiado del color”, para terminar apostrofándose a sí mismo (58-9): “Ay, ay, ¿qué he pretendido, desgraciado de mí? En las flores, perdido,/ he metido el austro y jabalíes en las fuentes cristalinas.” El amor y la naturaleza continúan su juego eterno (É. VIII 37-41): “En mi jardín te vi de pequeña, cogiendo con tu madre/manzanas cubiertas de rocío (yo era vuestro guía),/ya pasaba de los once, casi doce años tenía,/ ya podía tocar desde el suelo las frágiles ramas./ Verte y morir, y ese mal extravió me llevó fuera de mí.”

La nereida Galatea puntea las églogas virgilianas (cf. la IX 39 ss.). En la VII (37-8) leemos: “Galatea, hija de Nereo, más dulce para mí que el tomillo del Híbla,/ más blanca que los cisnes, más hermosa que la hiedra blanca” . Pues bien, Ovidio desarrolla barrocammente estos apuntes del mantuano en la amplia narración que de los amores de Polifemo por Galatea hace en sus *Metamorfosis* (XIII 770-897). Cf. los siguientes versos, como ilustración del estilo ovidiano, exuberante, frente al más conciso del poeta de Mantua (789-794): “Oh Galatea, más blanca que las hojas de la nevada alheña,/ más florida que los prados, más espigada que el estirado sauce,/ más brillante que el cristal, más juguetona que el cabrito,/ más pulida que las conchas que el agua continua desgasta,/ más agradable que los soles del invierno, que la sombra del verano,/ más noble que las manzanas, más distinguida que el plátano (...)”.

También un poeta “urbano” como Horacio se deja tentar por la naturaleza y en su risueña filosofía de la holganza y del amor, más bien erótico y físico, la naturaleza constituye no infrecuentemente el marco donde aquél se activa y desarrolla. Pero no sólo para el amor es preciosa la naturaleza, porque a algunos cuadra bien tumbarse (como hemos visto en Virgilio) “bajo un madroño verde o cabe un manantial de sagrada corriente” (O. I 1, 21-2). Igualmente, en primavera procede “adornarse la cabeza unguada con verde arrayán/o la flor de la tierra” (ibíd., I 4, 9-10). Porque “¿quién te acaricia entre rosas?;/ ¿qué muchacho agraciado, Pirra?...” (I 5, 1-2). En ocasiones, se acuerda hasta de las cabras (I 17, 5-7): “(Aquéllas) descarriadas/buscan los madroños ocultos y los tomillos/, las esposas del hediondo marido”. Protege a la vid más de una vez (I 18, 1): “No siembres, Varo, ningún árbol antes que la vid” (vide infra). En I 36, 15-6, el poeta suplica: “Que no falten en los banquetes las rosas/ ni el apio vivaz ni el perecedero lirio”. En O. II 5, 9-12, leemos: “Suprime el gusto/de la uva inmadura: ya el otoño/ te señalará los racimos morados,/ variopinto él con el color de la púrpura”. En II 15, 4-7 hallamos: “El plátano soltero, más los violares y/ el arrayán (...)/ esparcerán su olor en los olivares”. Fondo de amor es la escena floral siguiente (O. III 4, 18-9): “Así que me aplastase el laurel/sagrado y un montón de arrayán”. En el mismo libro O. III 10, 14 el poeta habla de “una palidez te-

ñida de violeta". En O. IV 8, 33: "adornadas sus sienas con el pámpano de la vid"; y en IV 10, 4 encontramos la referencia a la rosa así: "la flor de la rosa púrpura". En la fiesta de Venus (13 de abril), Horacio ofrece lo que tiene en su jardín (IV 11, 2-5): "Tengo en mi jardín/apio para hacer coronas;/ tengo hiedra en enorme/cantidad".

En el epodo II 20 se lee: "Y la uva, que compite con la púrpura". En la sátira I 8 Horacio habla de *truncus ficulnus*. En sátira II 6, 1 ss., el poeta expone sus deseos: *modus agri non ita magnus/ hortus ubi (...) aquae fons/et paulum silvae*. En Odas I 38 expone Horacio su ideal vital: *Persicos odi puer apparatus,/ displicent nexae philyra coronae;/ mitte sectari, rosa quo locorum/ sera moretur/ Simplici myrto nihil adlabores/sedulo curo: neque te ministrum/ dedecet myrtus, neque me sub arta/uite bibentem*. A saber: "Odio, muchacho, la parafernalia de los persas;/ me desagradan las coronas tejidas con tilo;/ deja de indagar en qué parte se demora/la rosa tardía./Diligente, me ocupo de que no añadas labores/al sencillo arrayán: ni a ti, mi asistente,/te sienta mal el arrayán, ni a mí, que bebo debajo/del parral espeso."

Hay en la villa sorrentina de Polio Félix (Estacio, *Silvae* II 2) una naturaleza donde se conforman lugar y playa, "un terreno amado por el dios del vino, Bromio" (4), donde "la uva no envidia a los lagares de Falerno" (5). Además de los templos de Minerva y de Hércules, "Cimódoca, con sus cabellos mojados/y la verde Galatea desean bañarse" (19-20). Por otra parte, "la morada se baña en el piélagos de cristal" (49), y "la naturaleza se ha plegado/al que la habita" (52-3). "El edificio penetra y el monte retrocede a sus órdenes" (59). Las joyas de arte que ha coleccionado Polio son "cuanto ha sido traído a la vida/obligado por el arte de Mirón" (66-7). Más he aquí que "una nereida, oculta a la sombra de la noche, asciende/ a los escollos y limpia sus pupilas que chorrean rocío con un pámpano/ maduro y roba de las colinas las uvas dulces" (101-3). Del mismo modo, en Tívoli, Manilio Vopisco ofrece su casa a la descripción del poeta napolitano. Es una mansión partida en dos por el río Aniene, afluente del Tíber, con la que "en ninguna parte ha sido la naturaleza/ más indulgente consigo misma" (16-7). El baño está instalado sobre las mismas riberas (44). "¿A qué alabar los pomares de doble cosecha de Alcínoo, y a vosotros,/ ramas que nunca habéis salido al vacío sin fruto?" (81-2). El propio Epicuro ("el viejo del Gargeto": 94) abandonaría su Atenas y su jardín para venir a instalarse en esta casa, donde cabe entregarse plácidamente a la contemplación y a la sabiduría.

En las cartas de Plinio el Joven asoma igualmente la naturaleza, pese al carácter político o cultural de las mismas. En la epístola I 6 se expresa en forma que recuerda de cerca a Séneca, tal como fue citado más arriba: "las selvas y la soledad y el propio silencio (...)Comprobarás que por los montes vaga no tanto Diana como Minerva". De viñas y vides habla reiteradamente (I 24; II 11; II 17). En II 17, 13 dice que "se incluye un jardín (en el paseo)" y que éste "está recubierto de boj y de romero". En V 6, describiendo su villa etrusca afirma: *myrtos oleas respuit, laurum...patitur*. Y poco más adelante (párrafo 11): *prata florida et*

gemmea trifolium aliasque herbas teneras. En V 6, 18: "Un prado no menos digno de ver gracias a la naturaleza que al arte (...) Y muchos otros prados y arbustos". En las descripciones de los jardines de las casas solariegas, Plinio logra que la naturaleza libre, por así decirlo, de Virgilio, sea sometida a número y figura geométrica. Véase la descripción que el autor nos ofrece en la carta V 6: (22) "Hay también otra habitación, verde (recuérdese la "sombra verde" de Virgilio) y sombría a causa de una platanera que está al lado, decorada con mármol hasta la cenefa. Y no cede a la gracia del mármol la pintura que imita ramas y pájaros posados en las ramas." Sigue un amplio resumen: (32) hay un hipódromo que se extiende en medio y se manifiesta entero de golpe a la vista, estando rodeado por plataneras; éstas se hallan revestidas de hiedra (las superiores verdean con sus propias hojas; las de abajo, con las hojas ajenas). La hiedra vaga por el tronco y las ramas, enlazando de paso las plataneras vecinas. Entre éstas hay boj; el boj de fuera está rodeado por un laurel que une su sombra a la de las plataneras. (33). Por aquí el trazado del hipódromo es recto, pero en la parte extrema se quiebra (como el rayo por refracción) en un semicírculo, y cambia su aspecto: ahora lo cubren con su sombra más densa y opaca los cipreses. En los círculos interiores (pues hay más de uno) recibe una luz purísima (34). Tras los diversos círculos y semicírculos, el hipódromo retorna a la línea recta, que no es una sola, pues por medio de setos de boj se trazan varios caminos (35). Hay también un pradillo, y el boj forma letras con el nombre del amo y del artista. Igualmente, hallamos ora pequeñas pirámides, ora frutos, de modo que en una obra tan refinada aparece de repente la imitación del campo allí introducido. El espacio central está adornado por uno y otro lado con plataneras más discretas. Detrás de éstas, hay acanto lúbrico y flexible; tras éste, más figuras y nombres. Se dispone una mesa circular de mármol blanco guarnecida por un parral, que se sostiene con cuatro columnillas (39). La vid trepa por todo el techo hasta apoyarse en el cumbbrero. En este lugar te sientes como en un bosque; en él brota asimismo una fuente, que se sustrae a la vista.

Tácito narra la caza del enemigo en *Anales* II 17; éste se ocultaba en la copa y ramas de los árboles, que al derrumbarse aplastan a algunos. En XIII 58, capítulo correspondiente al año 58 de la era, el historiador nos cuenta que la famosa higuera Ruminal, la cual 830 años antes había protegido la infancia de Rómulo y Remo, vuelve a retoñar tras haberse secado : *mortuis ramalibus et arescente donec in novos fetus reuiresceret*.

Mesalina (X 1) anhela los jardines de Valerio Asiático, al que consigue eliminar, y se apodera de los mismos. En el año 48, rizando el rizo de sus desvaríos amorosos, la emperatriz se casa públicamente con Silio, aprovechando la visita de Claudio a Ostia. A la vuelta del emperador pretende salir a su encuentro para hacerse perdonar. Sale de Roma en un carro en el que se transportaban los despojos de los jardines (XI 32), y finalmente acude a esconderse a los Jardines de Luculo, donde acabaría por ser alcanzada y obligada a suicidarse (XI 37-8).

Y mientras Mesalina muere y caen las hojas muertas de otoño, Lucano narra en su *Farsalia* cómo los soldados de Pompeyo, rodeados por César en Lérida

en el año 49 a. C., *herbas frondesque terunt, et rore madentis/destringunt ramos et siquos palmite crudo/arboris aut tenera sucos pressere medulla* (IV 316-8). Esos mismos soldados destrozan las verdes praderas (*frondentem...campum*:VI 81-3). Los psilas (IX 916-24) conjuran el peligro de las serpientes en el campamento romano quemando plantas aromáticas: *ebulum, galbanum, tamarix, costos, panacea, centaurea, habrotonum*.

Llegados a Tracia Eneas y sus compañeros, el héroe troyano sacrifica un toro y busca plantas y hierbas frescas para cubrir los altares. Al arrancar los arbustos, observa que salen de ellos gotas de sangre que manchan la tierra, cosa que se repite cuantas veces intenta la misma operación. Hasta que del cerro sale una voz, la de Polidoro, el más joven de los hijos de Príamo, que yace en aquel lugar asesinado por el rey de los tracios (*Eneida* III 20 ss.).

Igualmente, a su llegada a Cumas visita la Sibila como paso previo para su descenso al mundo subterráneo. La pitonisa le ordena buscar la "rama dorada", presente que ha de portar a la reina del Hades, Prosérpina. En su búsqueda el héroe se ve guiado por dos palomas (atributo de su madre, la diosa Venus) que le llevan al lugar donde, entre las ramas de un árbol, brilla la famosa rama de oro. El héroe la corta y regresa junto a sus compañeros. En el más allá, finalmente, Eneas hace donación del presente a la Juno infernal (como se denomina a Prosérpina en VI 138): *ramumque aduerso in limine figit/ perfecto munere diuiae* (VI 636-7).

Eneas llega al Elíseo (VI 638-9): *uirecta/ fortunatorum nemorum sedesque beatas*, donde "el aire viste estas llanuras con luz de púrpura, y tienen sol y estrellas propios" (ibíd., 640-1). Luego, se aproxima al río Lete, o río del olvido, a cuyo alrededor revoloteaban innúmeras gentes (VI 707-9): "Como cuando en los prados, en el verano sereno, las abejas/ se posan en flores variadas, y alrededor se difunden/ los lirios blancos. Toda la llanura resuena con su zumbido."

"Y si no estuviese ya terminando (afirma Virgilio en *G.* IV 116 ss.), cantaría tal vez los vergeles y rosaledas de Pesto, cómo disfrutaban con ríos de agua las endivias y el apio, y el pepino, que se retuerce sobre su vientre; también cantaría el narciso y el acanto y las hiedras y el arrayán. Pues recuerdo que al pie de las torres de la ciudadela ebalia, donde el río Galeso humedece los campos amarillentos, vi al viejo de Córico con su pequeño pegujal. El cual, cultivando verduras, lirios blancos y amapolas, igualaba las riquezas de los reyes. Era el primero en coger la rosa en primavera y en otoño las manzanas, y en invierno podaba el primero el follaje del jacinto; tenía miel y tilos; sembraba olmos y perales, prunos y plátanos. Todo eso cantarí, "pero imposibilitado por la estrechura de tiempo, en lo que a mí hace,/ lo paso por alto, dejándolo a otros para que después de mí lo canten" (ibíd., 147-8).